

natural entre nosotros, que por lo mismo podemos decir que en España hasta la atmósfera es católica.

¿Á quién no sorprende ese conjunto majestuoso de sábios que empezaron á dejarse ver en el siglo iv, y ha ido engrosando siglo por siglo hasta formar un verdadero ejército? Grande es la gloria literaria de España. Cuando los Jerónimos y los Agustinos asombraban al mundo con sus escritos, la España daba á la Religion el primer poema consagrado á cantar en verso heróico toda la vida de Cristo, tomada de los cuatro Evangelios. Esto hacía el sacerdote Juvencio: y al mismo tiempo el inmortal Prudencio, para quien tan fácil era el versificar como Homero ó como Virgilio, llenaba el mundo con los ecos de sus himnos y cantos sagrados, en los cuales narraba las grandezas de Dios, su unidad, su Trinidad y las glorias de los mártires. Si se ha de recorrer eslabon por eslabon la cadena de oro que une á los sábios, desde la sexta centuria hasta la décimasexta, es preciso nombrar á los Leandros é Isidoros, á los Ildefonsos y Eugenios, á los Eladios, Bráulios y Tajones, á los Raimundos Lulios y á los Tostados, á los Cisneros y á los Vives, y entre ellos á los Alfonsos de Castilla y de Leon, de cuyas plumas salieron á la vez tratados de astronomía muy elevados, códigos de leyes sapientísimas, historias de hechos gloriosos de su pátria, y por cuya afición á la literatura Castilla y Leon pudieron leer en su idioma pátrio los libros sagrados de ambos Testamentos, en cuya gloria no sabemos que nadie nos precediera, ni que nadie por entónces nos siguiera.

Pero llegamos á la centuria décimasexta, la cual se inaugura con las homilias de Santo Tomás de Villanueva, verdadero último Santo Padre de nuestra España; y al abrirse de par en par las puertas de esa época, no parece sino que se descubre repentinamente un horizonte de luz que deslumbra las pupilas. Los nombres de los sá-

bios y los literatos son tantos, las producciones tan multiplicadas, las materias sobre que versa la literatura tan variadas, que constituyen un verdadero verjel, donde no hay pétalo sin flor aromática, ni flor sin fruto, ni fruto sin gusto delicado y exquisito. Diríase que entónces se cumplía en nuestra España de un modo especial lo que anunció el Profeta Joel con estas palabras: «Y sucederá en los postreros dias, dice el Señor, que yo derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas.» (Joel, cap. xi, vers. 28.)

¡Cuán extensos eran entónces los dominios de España! Todavía no tenian bastante espacio para la fama de sus sábios, pues los habia en Trento, en Amberes, en Douai, en Oxford, en París, en Antuerpia, en Roma, en Lisboa, en Madrid, en Toledo, en Sevilla, en Compluto, en Salamanca. Las ciencias y las letras eran una toga sagrada y un manto precioso, que cubria indistintamente á hombres de todas las clases sociales sin distincion, sin rivalidad y sin emulacion envidiosa. Son Obispos, son clérigos, son religiosos, son letrados, son militares, son monjas; y entre tanta diversidad de profesiones, todo es concordia entre ellos, pues todos están ligados con vínculos de una fraternidad científica, que constituye el ramillete más odorífero que puede presentarse á la madre de todos. Ese ramillete se compone de mitras, de sotanas, de sayales, de togas, de espadas y de velos. Oid estos nombres que voy á pronunciar, y sentireis la fragancia que despiden. Llámense Melchor Cano, Teresa de Jesus, Juan de la Cruz, Luis de Granada, Juan de Ávila, Luis de Leon, La Puente, Rodriguez, Lainez, Suarez, Arias Montano, Mariana, Lope de Vega, Calderon, Salmeron, Maldonado. ¡Ah! ¿Quién puede contarlos todos?

Á mí, señores, no me admira que sean tantos; lo que me sorprende es que, habiéndose convertido la España en un como arsenal inmenso, donde cada literato está



forjando su obra, no veo sino un horno de fuego donde todos se apresuran á acudir de todas partes para dar el temple á su composicion. Hé ahí lo que más llama mi atencion: todos, sin distinguirse el cenobita del soldado, ni la religiosa del hombre de mundo, acuden á ese fuego, purificando en él todos los materiales y sacándolos sin escoria, brillantes y hermosos. Ese fuego es la fé católica.

En prueba de ello, voy á hablaros de uno de los hombres de aquel tiempo, á quien no he nombrado con los demás, por una razon que no se os oculta. En el reino de la literatura épica es él el príncipe, y no es justo mezclar el nombre del príncipe con los de los vasallos. Sobre esa tumba que nos recuerda la defuncion de ese genio de las letras, se ostenta un libro donde está escrito su nombre. ¡Libro extraordinario! No es sagrado, y sin embargo tiene lugar en el santuario; pero si no es sagrado, tampoco es del todo profano, porque encierra muchas sentencias que han salido de los lábios de Jesucristo, muchos documentos de vida dados por el Espíritu Santo, y preceptos sin número de moral cristiana, cuya observancia conduce á la perfeccion.

Puede llamarse el libro de los chistes, de las gracias, de las agudezas, de los donaires, y, para decirlo de una vez, el libro de las risas; pero apenas hay en él una sentencia que engendre hilaridad, sin que sea esa misma sentencia una espada de dos filos que penetre el corazon y le enseñe el camino de la rectitud, y le pinte los peligros que acompañan á los viciosos, y sobre todo á los hombres de vida ociosa y desquehacerada. ¡Cosa singular! En un libro que no es sino la epopeya de un solo hombre, concebida por una imaginacion exuberante en riquezas; en una obra donde se describen aventuras imaginarias, viajes que nunca hubo, locuras que pudieron existir, hazañas que ni áun se sueñan; en una composicion de que forman parte altas princesas, hombres de gran valer,

gente burda, personas de moralidad dudosa y hasta de lenguaje torpe, no hay una sentencia que adolezca de los vicios que suelen acompañar á estas condiciones sociales. Si asoma la altanería en los grandes, cae sobre ellos la maza de la humillacion; si se descubre la insensibilidad en el rico, le sale al encuentro la virtud de la caridad; si se columbra el vivir desarreglado, se prescribe la fuga del disipado; si se desliza la lengua de quien nunca tuvo freno, al momento se le enseña la mordaza que lo ha de sujetar. Se reprende al orgulloso sin orgullo, se enseña el juicio al loco sin tomar parte en sus locuras, se saca de su estupidez al necio por medio de una necedad calculada, y se instruye al grande, al pequeño, al amo, al siervo, á quien manda, á quien obedece, á quien administra justicia y á quien es justiciable, haciéndose todo esto con gracia, con suavidad, con donaire. Es una medicina activa dada á un enfermo melindroso é impertinente, que no la recibe sino por medio de paliativos.

Hé ahí el mérito singular y casi excepcional que encierra ese libro, concepcion gigantesca del ingenio de *Miguel de Cervántes*, lo que digo altamente, y me atreveré á probarlo, aunque mis oyentes lo sepan mejor que yo. En aquella época se padecian enfermedades de espíritu, como se padecen en todas. No era aquella dolencia de las más graves; pero afectaba en cierto modo la pureza de las creencias sanas. Los libros llamados de caballería andaban en manos de todos; y al mismo tiempo que se creia firmemente cuanto enseña la fé, se creian tambien encantamientos forjados por imaginaciones aviesas: se creian descensos á los abismos, viajes aéreos y hazañas estupendas, pero inverosímiles. Todavía anda en manos de los literatos un célebre poema de gran mérito en la versificacion y en su artificio, en el cual una mujer medio casta y medio disipada anda por los aires en su hipogrifo, y un hombre enloquecido arranca pinos



de cien años cual si fueran espárragos, y los parte con su hoja de acero cual si fueran requeson. El sábio entiende que eso es una ficcion; pero el vulgo lo lee, y lo cree como si fuera una realidad. Esa lectura frívola y de poca moralizacion disipaba las almas, y hasta las almas privilegiadas, pues la mujer más grande de aquellos tiempos nos dice, al escribir su vida, que en la lectura de esos libros se disipaba del todo, afirmando además que habia aprendido de su madre esta ocupacion. (*Vida de Santa Teresa*, cap. II.)

El descubrimiento de Guttenberg habia preparado el camino á este contagio: en el período de la Edad Media reinó el gusto literario de las invenciones; y siendo premiados los ingenios que más se excedian en eso, fueron conservándose los manuscritos hasta que pareció el arte de imprimir, y entónces salieron todos á luz sin bastante discernimiento. Otro descubrimiento dió ocasion tambien á una enfermedad en los corazones; creíase que bastaba poner el pié en frágil leño para tropezar con reinos y coronas, con montones de piedras preciosas y con islas de oro; lo que traia trastornados á muchos, á no pocos nada contentos con su suerte, y á todos con aspiraciones á grandezas.

Destruir tanto castillo aéreo como se forjaban los cuerdos y los locos, derribar un número increíble de creencias falsas y hasta supersticiosas, fué la empresa árdua y colosal que se propuso el autor de ese libro, al cual dais un lugar en el santuario. Y es preciso decir que lo merece. ¡Qué sentencias tan sagradas! ¡Qué doctrinas tan verdaderas! ¡Qué dichos tan sábios! Una sola persona interesa en ese libro, por aparecer desde el primer instante enferma del entendimiento, enloquecida por las lecturas perniciosas; pero esa persona interesa más por su fin que por sus comienzos. Entregado con ardor á buscar lo que habia leído que habia sin que lo hubiese, no hay una sola empresa en que no quede molido ó es-

tropeado, no hay un lance que no sea un desengaño; y son éstos tan multiplicados, que al fin producen en él una mudanza, entra dentro de sí, reconoce su locura, se vuelve á Dios, le pide perdon de sus extravíos, y espira entregando su alma á su Criador.

Si esto no es grande en una epopeya, yo no sabré decir qué cosa es la grandeza; si este modo de curar las enfermedades intelectuales no es sábio, yo no sé qué cosa es ser sábio. Ese personaje es un Proteo de aquel jóven cuya imaginacion se acaloró con pensar que, con las riquezas que habian de pertenecerle por legítima paternidad, habia de recorrer un mundo de aventuras, y al fin se entregó á ellas, disipando sus haberes y reconociendo despues sus errores, y volviendo á pedir gracia y misericordia á su padre. (*Luc.*, cap. xv, vers. 21.) De este modo curó el sábio autor de ese libro aquella plétora de que se enfermó su época, de libros de romances, de invenciones y de encantos, que habia dado á millares el siglo que le habia precedido.

Señores: el modo de enseñar es tan vário como los tiempos, y tan diferente como las épocas. En las Sagradas Letras vemos que Dios mismo se sirvió, por medio de sus Profetas, de cuantos recursos tiene la elocuencia humana, pues echó mano de símbolos, de tipos, de comparaciones, de diálogos, de apólogos y hasta de un drama, y por cierto de un drama tan divino como el *Cantar de los Cantares*. ¿Y qué quereis que os diga? ¿Qué tienen que ver los libros cuyas locuras combatió Miguel de Cervantes; qué el *Amadís de Gaula* y los de Feliciano de Silva con los que en estos tiempos andan en manos de todos, corrompiendo los corazones y enfermando los entendimientos? ¿No sería de desear que, puesto que las generaciones actuales desoyen la voz del magisterio de la Iglesia, que condena esa lectura, se levantase un ingenio grande y excepcional, que por medio de la sátira destier-



rase de la sociedad esa peste de las lecturas venenosas? Por medio de poner en ridículo las soñadas aventuras, curó nuestro gran Cervántes la dolencia intelectual de su tiempo, y fuera de desear que hubiera hoy día quien consumase una hazaña semejante.

Y así también curó, aunque aplicando la medicina de otra manera, la otra dolencia de sus contemporáneos. Al lado de esa persona cuya suerte interesa tan vivamente, otra se vuelve tan interesante como ella, por que toma parte en sus locuras, no obstante que conoce que lo son. ¡Oh libro admirable! vuelvo á decir. Este hombre, que no ha aprendido sino á desterronar los campos, habla algunas veces como un filósofo, discurre como un sábio, pronuncia sentencias como un moralista, aparta á su señor de lances temerarios, procura curar sus locuras con lecciones de prudencia que no dijera mejor un Caton ó un Séneca. Pero él mismo está padeciendo una enfermedad que es general: él sueña en grandezas que le esperan al lado de un hombre á quien él mismo juzga por un dementado; él cree que con el tiempo ha de empuñar el baston del mando ó de la magistratura, que se ha de encontrar con islas ó continentes; él piensa... ¡Ah! Él sueña en lo que sueñan los ambiciosos, los codiciosos, los hombres en general no contentos con su suerte.

Digámoslo francamente, señores. ¿No es éste el contagio general de la sociedad? ¿No se adolece hoy, como entónces, del mismo vicio? ¿No estamos viendo el estado turbulento del mundo, que, entre otras causas, debe su origen á esa hambre que devora á los hombres, de querer medrar en demasía, de intentar salir de la esfera en que la Providencia ha colocado á cada uno, y de sacudir el yugo del trabajo que Dios ha impuesto á cada hombre, y vivir en holganza, más con los sudores del prójimo que con los que han de humedecer la frente de cada uno? Pues bien; nuestro inmortal autor de ese

libro hizo cuanto pudo para extirpar ese mal; dió al hombre campestre la medicina de sus locuras en los desengaños que le proporcionó una elevacion para la cual no habia nacido, y en la cual él mismo se persuadiera que su paz, su dicha, su felicidad consistian en estar contento con sus medianías, con sus sudores y con el trabajo de sus manos.

Este modo de enseñar es muy noble en todo terreno, es muy sábio en toda persona. Y por cierto en *Miguel de Cervántes* es muy digno, porque no desdecia su enseñanza de su modo de obrar, pues sabemos todos muy bien que el soldado valiente del golfo de Corinto, el cautivo por defender su religion y su bandera, y el príncipe de la literatura épica, estuvo siempre conforme con su suerte, no ambicionó honores, no deseó tener sino lo necesario para la vida, y al espirar en la pobreza, dejando para su pátria un venero de glorias literarias, entró en hombros de otros en este sagrado recinto, cubierto del pobre sayal franciscano, sin más ornato que una cruz de madera entrelazada en sus dedos.

No vengan los demasiado escrupulosos á decirnos que en ese libro de tanta instruccion hay demasiados chistes; no vengan los que ni pueden traducir en su idioma extranjero ciertas frases de ese libro, porque su lengua no tiene equivalencias adecuadas y puras, ni pueden entender la fraseología de Cervántes, porque no oyeron su idioma desde la cuna; no vengan á decirnos que algunas veces no hay bastante severidad en el discurso, ni un magisterio condimentado con la gravedad propia del que enseña. No vengan, repito, á decirnos eso; porque tendríamos que darles una leccion sobre la naturaleza propia de cada género de literatura, y de las condiciones que ha de observar cada literato, segun su estado y su profesion. Si yo enseñase la verdad evangélica deleitando los oidos con cuentos alegres, con donaires picantes, en vez de



hacerlo presentando las bellezas de la fé y los encantos de la verdad cual corresponde al magisterio, severo y suave, majestuoso y dulce, pero siempre veraz, del ministro de Dios, no ocuparía dignamente el lugar sagrado. El enseñar deleitando con gracias y cuentos que no ofenden la virtud, el pintar los vicios sociales adornando la narracion con lances y episodios que recargan el cuadro de la fealdad, para que se destaque mejor la belleza de lo que es recto y virtuoso, con tal que los oidos castos no se ofendan ni la fé padezca detrimento, es propio de los que, no estando llamados por el cielo á enseñar la fé y la doctrina revelada, toman á su cuenta el representar á sus contemporáneos los vicios de que adolecen y las faltas que cometen contra las virtudes.

¡Ah! Si me fuera permitido el cumplimiento de lo que deseé en estos momentos; si cuando somos testigos de la corrupcion de nuestra lengua, tan noble, tan rica, tan matizada de poesía, tan abundante en orientalismo, introducida por esas traducciones de novelas y romances, hechas por hombres asalariados, que ni conocen el carácter y los modismos de la suya, ni la pobreza de la extraña, me fuese dado que la venerable figura de Cervantes se incorporára; si yo le dijera que en esta época los españoles se ocupan *de* letras, como si éstas fuesen un predio; *hacen política*, como si la política fuese una pieza de paño; hacen con las flores un *bouquet*, en vez de formar un ramillete; comen en *restaurant*, cenan en *buffet*, asisten á *soirée* y van á comprar joyas en *bisuterías*, porque no hay joyerías; si me oyese decir que en España *debuta* el que estrena el estrado ó las tablas, y que una niña no toca el piano porque no sabe el *doigté*; si entendiese que hay profesiones que han sustituido los nombres de su arte con los de lenguas extranjeras (1); si

(1) Esto ha sucedido en la música; nuestra lengua no tiene la palabra *dedeo*, que corresponde al *doigté* francés, ó por lo ménos no consta en el Diccionario

esto aconteciera, yo creo que me diria estas palabras:

«Dejadme descansar entre las sombras del sepulcro, porque ¡ah! si yo me levantára... Al ver esa degradacion á que han llegado algunos de nuestros compatriotas, volviéndose esclavos de la moda, de esa moda de querer parecer, más que hijos de Castilla, hijos de las Galias; al ser testigo de esas exhibiciones que se hacen de galicismos, podria suceder que llamase á mi antiguo *Hidalgo*, y que renovase éste aquella escena en la cual, por algo parecido á esto, arremetió con su lanza á la tienda de un parlante sin lógica, y no dejó títere con cabeza en ella.» Pero dejemos en la paz del sepulcro á nuestro eminente maestro de lengua castellana, y volvamos al núcleo del discurso, que versa sobre el altísimo aprecio que hicieron nuestros grandes literatos de la virtud que ha de procurar tener el sábio católico.

Por eso posee nuestra España esa literatura tan rica en doctrina, tan pura en sus máximas, y tan amena é instructiva. Tenemos Juvenales cristianos, cuyas sátiras son una reprension continua del vicio; Virgилios que en églogas tambien cristianas describen los encantos de la inocencia y las dulzuras del amor santo; y otros que en cantos heroicos refieren las hazañas militares de moros y cristianos, de araucanos y españoles, de los hijos de Anahuac y de los de la Iberia; tenemos Cicerones cristianos, que en estilo correcto del Lacio peroran por la

---

de la Academia; sin embargo, si se usase esta palabra, significaria algo que se entendiese; pero la francesa *doigté* no significa nada en español. Pero entre tanto, tenemos en nuestra lengua las palabras de signos musicales, *brevé*, *semibreve*, *minima*, *seminima*, *semicorchea*, *fusa* y *semifusa*; y basta decir la primera para saber que significa dos compases mayores, la segunda uno, y así de las demás. Pues bien; la moda de que en España sea todo francés, ha hecho que los autores modernos de música nos hayan despojado de aquellas voces, y hayan introducido las palabras de *cuadrada*, *redonda*, *blanca*, *negra*, lo que sabe cualquiera aldeano que vea esas notas, pues se ve que, en efecto, son así, *redondas*, *blancas* y *negras*, y han sustituido á la *semicorchea* la *doble corchea*, y á la *fusa* y *semifusa*, la *triple corchea*, la *cuádruple corchea*. No es esto muy laudable.



defensa de la verdad, sin que se vea ni un ligero borron ni una sombra de mentira; tenemos vates por falanges, que se pasean por los cielos, por los astros, por las nubes, registrando las bellezas del firmamento; que viajan por desiertos, por florestas, por montes, por rios, por valles y por oteros, y conversan con los cedros, con las flores, con los corderillos, con la tórtola, con las águilas; que penetran el Océano y descienden á sus más recónditos senos, encontrando en todas partes las grandezas de Dios. Los tenemos, además, que se lanzan con vuelo de ángel á la mayor sublimidad de las alturas para describir la naturaleza de Dios, sus glorias increadas, sus atributos, su generacion eterna, y despues descienden á la tierra y siguen paso á paso las huellas de su Hijo y las cantan, describiéndolas siempre con la grandeza que les es innata, grandes en la cuna, grandes en el desierto, grandes en el Calvario, grandes en el Tábor.

Cualquiera que sea el género de literatura de que se trate, se encuentra en ella el sello de una grandeza que asombra. Este sello es la verdad, la pureza; verdad en la fé, pureza en los preceptos. ¿Y por qué es éste el carácter distintivo de nuestros literatos? Porque todos tenían un mismo faro, al cual miraban cuando se lanzaban á bogar por el piélago de las investigaciones científicas; porque al andar errantes al través del desierto, todos miraban á un norte, á una estrella; este faro, este norte, esta estrella, es el Catolicismo con su magisterio. Mirad por un momento á *Miguel de Cervántes* en lo relativo á la piedad religiosa.

Este príncipe de las letras era hombre que se entretenia en conversar con los religiosos; que tenía placer en venir á este santo monasterio á ver á las almas virginales que moraban entre sus mal formados muros: que se interesaba vivamente por que las religiosas llevarsen á cabo su fundacion: que frecuentaba los Sacramentos y

que se hacía hermano de las cofradías instituidas para desagraviar á Jesus sacramentado de los ultrajes de los protestantes: que sometia sus escritos, ántes de publicarlos, al juicio de la Iglesia, para que ésta los corrigiera y los aprobára; y que, por fin, llegada su última enfermedad, recibia los Santos Sacramentos, dando pruebas expresivas de su fé, y entregaba su alma al Señor, muriendo santamente (1). Descrita la vida y muerte de *Miguel de Cervántes*, está referida, con corta diferencia, la de todos los que lo imitaban en sus tareas literarias; y casi podemos afirmar que en ella está encerrada la de cuantos le han seguido despues. Parece que en España renuncia á ser literato el que renuncia á ser católico, pues la literatura española no es, como quiera, la hija exclusiva de la Religion, sino la hija predilecta del Catolicismo.

Prueba bien evidente de esto es, señores de la Academia Española, esta solemnidad que consagrais cada año al Dador de todo bien. Herederos, conservadores y continuadores de las glorias literarias de España católica, confesais hoy públicamente que aún las inteligencias más sublimes entre los hombres pueden padecer sus extravíos, y que al lado de una sabiduría tan extensa como la de Salomon, se pueden ver muchas miserias del corazon apasionado. Y eso que nos enseña la Religion, confirmándonoslo la experiencia, lo sabeis bien por la historia de aquellos hombres sábios, por quienes derramais vuestros corazones en presencia del Señor. Yo lo recuerdo hasta con lágrimas de alegría; hubo entre ellos algunos cuyas sienes se veian abrumadas por el peso de las

(1) Este hombre, dotado de un entendimiento tan privilegiado, se hizo tercero de San Francisco, como consta por el asiento en los libros de la Orden, cuya partida dice así: En 2 de Abril de 1616 profesó en su casa, por estar enfermo, el hermano Miguel de Cervántes, en la calle del Leon, en casa de D. Francisco Martinez, clérigo, hermano de la Orden. (EL MARQUÉS DE MOLINS: *La sepultura de Miguel de Cervántes*, pág. 205.)